

A la mañana siguiente tomamos el desayuno más temprano que de costumbre, y Holmes, con la bata puesta, esperó sin mostrar ninguna impaciencia la anunciada visita.

Fueron puntuales. Acababan de dar las diez cuando se presentó el doctor Mortimer acompañado de sir Henry.

Representaba éste unos treinta años; era bajo, y metido en carnes, sus ojos eran negros y vivos, largas y pobladas las cejas y su continente resuelto. Vestía traje de paño oscuro y tenía el color curtido, propio de una persona acostumbrada á las inclemencias atmosféricas. En su porte severo y elegante descubriase el sello del caballero perfecto.

—Aquí tienen ustedes á sir Henry Baskerville—dijo el doctor.

—Sí—añadió el mismo sir Henry.—Y lo bueno es, Sr. Holmes, que si mi amigo el doctor no me hubiera propuesto que viniéramos á ver á usted hubiera yo venido espontáneamente. Tengo entendido que se dedica á resolver problemas y hay uno que necesita más reflexión de la que yo puedo dedicarle.

—Sirvase usted tomar asiento, sir Henry—excla-

mó mi amigo.—De modo que apenas ha llegado usted á Londres ya ha tenido alguna aventura misteriosa.

—Tal vez se trate de una sencilla broma nada más. Esta carta, si así puede llamarse, que llegó esta mañana á mis manos.

Al decir esto puso un sobre encima de la mesa y todos nos inclinamos á mirarlo.

Era de papel ordinario, de color gris, con la dirección en letras de molde y el sello de correos de Charing Cross, con la fecha de la noche anterior.

—¿Quién sabía que pensaba usted hospedarse en el hotel á donde está dirigida la carta?—preguntó Holmes lanzando una mirada escrutadora á sir Henry.

—Nadie absolutamente. Yo mismo no lo sabía hasta después de encontrarme con el doctor Mortimer.

—Pero el doctor estaría hospedado allí.

—No; yo estaba en casa de un amigo—dijo Mortimer.—Nuestra elección fué espontánea, no habíamos formado hasta entonces propósito ninguno.

—¡Hum!... Pues parece que alguien se interesa mucho en sus acciones y movimientos, sir Henry.

Holmes cogió el sobre y sacó de él media hoja de papel plegado en cuatro dobleces. La desplegó y la extendió sobre la mesa. En la hoja no se leía más que lo siguiente, escrito con letras de molde pegadas al papel: «Si aprecia la vida ó la razón se



alejara del páramo». Sólo la palabra páramo estaba escrita á mano.

—Y ahora—exclamó sir Henry Baskerville—agradecería á usted, Sr. Holmes, me dijera qué significa esto y quién es la persona que tanto se interesa en mis asuntos.

—¿Qué le parece á usted, doctor—preguntó Holmes.—Creo que, por lo menos en esto, reconocerá que no hay nada sobrenatural.

—Lo reconozco. Sin embargo, bien podría proceder el aviso de alguna persona convencida de que el asunto no es del todo natural.

—¿Pero de qué asunto se trata—preguntó sir Henry con impaciencia. Paréceme, señores, que ustedes están más enterados de mis asuntos que yo mismo.

—Yo le prometo, sir Henry—dijo entonces Holmes, que antes de que salga usted de aquí sabrá tanto como nosotros.—Mientras tanto, y con su permiso, nos ocuparemos de esta carta, que por cierto ofrece grande interés, y que, sin duda, fué escrita ayer y puesta en el correo por la tarde. ¿Tiene usted el *Times* de ayer, Watson?

—Sí, aquí está.

—Tenga usted la bondad de dármele. La hoja interior... sí, el artículo de fondo.

Pasó la vista por el periódico recorriendo las columnas una por una, y luego prosiguió:

—Este artículo que trata del comercio libre es excelente. Vean ustedes lo que dice:

«Podría creerse que las industrias y el comercio se animarían con la tarifa protectora, pero nuestra propia razón nos prueba que, á la corta ó á la larga, esta legislación, si llegara á ejercer, alejará las riquezas del país, hará que disminuya el aprecio de los artículos importados y perjudicará las condiciones de vida de nuestra isla.»

—¿Qué tal, Watson—preguntó Holmes frotándose las manos de gusto.—¿Verdad que es un párrafo admirable?

El doctor Mortimer dirigió una mirada muy expresiva á Holmes, y sir Henry volvió sus ojos hacia mí lleno de asombro.

—No estoy muy enterado de las tarifas de comercio—dijo;—pero me parece que, en cuanto á lo que se relaciona con esta carta, nos hemos apartado de la pista.

—Muy al contrario, sir Henry—contestó Holmes. seguimos la pista muy de cerca.—Mi amigo Watson conoce mi sistema mejor que ustedes, y, sin embargo, creo que no se ha fijado en la combinación del párrafo.

—No—dije,—no veo combinación posible.

—Pues es tan patente, mi querido Watson, que puedo asegurar que del párrafo está sacada la carta. Fijese usted: *vida, razón, aprecio, de, ó, la, en, sí, alejará, del...* ¿No comprende usted ahora de dónde se han sacado estas palabras?

—¡Es verdad!—exclamó sir Henry.—¡Qué maravillosa intuición!

28995



—Verdaderamente, Sr. Holmes—dijo también el doctor mirando con indescriptible asombro á mi amigo.—Esto excede á cuanto yo hubiera podido imaginar. No me extraña que dijera usted que se habían cortado las palabras de un periódico; pero que determinara usted de qué periódico y que supiera que se habían cortado precisamente del artículo de fondo, le aseguro que me asombra. Es una de las cosas más notables que he visto en mi vida. ¿Cómo ha podido usted saberlo?

—Supongo, doctor, que sabría usted distinguir en cualquier circunstancia entre el cráneo de un negro y el de un esquimal.

—Indudablemente.

—¿En qué los distinguiría?

—Las diferencias son evidentes. La cresta supraorbital, el ángulo facial, la curva maxilaria, el...

—Otro tanto me pasa á mí, doctor—interrumpió Holmes.—Para mí también en este caso son grandes las diferencias. Para mí hay tanta diferencia entre el tipo de letra del *Times* y el de la modesta imprenta de un periodicucho de la tarde, como puede haberla para usted entre el negro y el esquimal. La distinción de tipos ó caracteres de las letras es uno de los ramos más elementales de la enseñanza del especialista en el descubrimiento de crímenes. Verdad es que en una ocasión, siendo yo muy joven, confundí la letra del *Leeds Mercury* con la del *Western Morning News*, pero aquello ya pasó. El *Times* es muy distinto y estas palabras se han cor-

tado de ese artículo. Calculé que habían sido cortadas ayer mismo, y que, por tanto, las encontraría en un ejemplar de ayer, y así ha sido.

—¿De modo que usted, Sr. Holmes, opina que alguien cortó estas palabras con una tijera?—dijo sir Henry.

—Tijera de uñas—interrumpió Holmes.—Fíjese usted en que se han dado dos tijeretazos para las palabras más largas.

—Es verdad. Pues bien: alguna persona cortó las palabras con una tijerita, las pegó en el papel...

—Con goma—observó Holmes.

—Bien, con goma. ¿Y por qué la palabra *páramo* está escrita á mano?

—Porque no pudo encontrarla en el periódico. Las otras palabras son vulgares y se hallan en todas partes, pero la palabra *páramo* no es tan común.

—Es verdad, se explica perfectamente. ¿Ha podido usted deducir algo más, Sr. Holmes?

—Sin duda se han tomado toda clase de precauciones para evitar que se descubra á quien ha enviado la carta. No obstante, alguna indicación queda aún. Observará usted que las señas están escritas con letra muy ordinaria, y bien sabido es que el *Times* se ve muy rara vez en manos de persona que no esté bien educada. De ahí podemos inferir que ha sido una persona de educación quien ha escrito la carta, y el esfuerzo que ha hecho para disimular su letra es prueba de que teme que la conozca usted y que llegue á conocerla. Por otra parte, notará que



las palabras no están pegadas en línea recta, sino que unas están mucho más altas que otras. *Vida*, por ejemplo, está enteramente fuera de su sitio. Esto podía indicar descuido, ó bien agitación y prisa por parte de quien las cortaba y pegaba. Más me inclino á creer que fuese prisa, puesto que el asunto era importante y no parece probable que en tal ocasión pecara de descuido el remitente de la carta. Si es que tenía prisa, ocurre preguntar por qué sería, toda vez que la carta, aunque no se echaría al correo hasta esta mañana á primera hora, había de llegar á manos de sir Henry antes que saliese del hotel. Por eso es casi evidente que la persona de quien se trata temía ser interrumpida en su tarea. ¿A quién temía, pues?

—Paréceme, Sr. Holmes—interrumpió el doctor—que ahora llegamos al reino de la imaginación.

—Diga usted más bien que llegamos á la región de las suposiciones y que pesamos las probabilidades para elegir las más posibles. Es hacer uso científicamente de la imaginación, pero siempre tenemos la base en que fundar las suposiciones. Otra cosa: no dudo que también esto lo creará usted suposición, pero aseguraría que las señas se escribieron en un hotel.

—¿Cómo adivina usted eso?

—Si examina usted detenidamente la letra verá que quien la escribió tenía mala pluma y peor tinta. La pluma ha tropezado dos veces y la tinta se ha secado tres mientras se escribían unas señas tan cor-

tas. Pues bien: es rara la vez que una y otra cosa se hallan en tan mal estado en una casa particular, pero en cambio eso es muy frecuente en un hotel. Sí, no me cabe duda de que, si examináramos los cestos de papeles inútiles de los hoteles situados en los alrededores de Charing Cross, y lográramos encontrar el artículo inutilizado del *Times*, daríamos inmediatamente con el autor de la carta. ¡Hola, hola! ¿qué es esto?—exclamó mientras examinaba muy detenidamente el pliego de la carta.

—¿Qué hay?

—Nada,—dijo volviendo á dejarlo sobre la mesa.

—Es un papel blanco sin marca de fábrica. Creo que ya hemos deducido todo lo posible de tan interesante documento. Y ahora, sir Henry, ¿le ha sucedido algo de particular desde su llegada á Londres?

—No he notado nada.

—¿No se ha fijado usted en si alguien le seguía ó le vigilaba?

—Parece que he caído de golpe en medio de una novela—exclamó sir Henry.—¿Qué interés puede tener nadie en seguirme ó vigilarme?

—Ya llegaremos á eso. ¿De modo que no tiene usted nada más que decirnos antes de que empecemos á profundizar en el asunto?

—Eso depende de la importancia que se dé á las cosas.

—Todo, por insignificante que parezca, puede tener alguna importancia

Sir Henry sonrió.



—Como hace poco tiempo que llegué—dijo,—no conozco á fondo la vida de la Gran Bretaña, pero supongo que el perder una bota no será aquí cosa corriente.

—¡Ah! ¿de modo que ha perdido usted una bota?

—Creo, sir Henry—interrumpió el doctor,—que en rigor no puede decirse que la bota se ha perdido, sino que se ha extraviado. Sin duda la encontrará usted en su cuarto á nuestro regreso al hotel. Me parece una tontería molestar al Sr. Holmes con un incidente tan insignificante.

—Es que el Sr. Holmes, por lo visto, desea saberlo todo.

—Tiene usted razón, sir Henry. Nada importa que el incidente parezca de muy escaso interes. ¿Y cómo ha sido eso?

—Dejé anoche las botas en la puerta del cuarto para que las limpiasen, y esta mañana no había más que una. El camarero no ha sabido darme razón de ella. Lo más gracioso es que las compré ayer mismo y aun no las había estrenado.

—¿Y cómo no habiéndolas estrenado necesitaba usted que se las limpiasen?

—Eran botas de color y aun no se había secado el brillo que tenían. Por eso las dejé en la puerta.

—¿De modo que ayer, en cuanto llegó, salió á comprar botas?

—Hice varias compras. El doctor Mortimer me acompañó. Allá en las Colonias nos ocupamos muy poco de la ropa; pero aquí es muy distinto, y

no me parecía bien ir á tomar posesión del castillo sin las ropas necesarias. Entre otras cosas, compré unas botas de color y me han robado una antes de estrenarlas.

—Cierto que parece una cosa extraña. Soy de la misma opinión del doctor, y creo que á su regreso al hotel hallará usted la bota.

—Y ahora, caballero—dijo sir Henry,—me parece que he hablado bastante de lo poco que sé, y que ha llegado el caso de que me expliquen ustedes todo este misterio.

—Tiene usted razón—contestó Holmes.—Doctor, lo mejor será que refiera la historia de lo sucedido tal y como la refirió ayer.

Animado con esta invitación, el doctor sacó los papeles del bolsillo y leyó la historia.

Sir Henry escuchó con el mayor interés, lanzando de vez en cuando una exclamación de sorpresa.

—Me parece que he heredado de veras—dijo en cuanto terminó la lectura.—Había oído referir lo del perro siendo yo muy niño, pero nunca se me había ocurrido tomarlo en serio. Luego la muerte de mi tío, verdaderamente inexplicable. Como que creo que ustedes mismos no han decidido todavía si sería necesario un polizonte ó un sacerdote para esclarecerse.

—Es verdad.

—Esta carta también tendrá su significación, por supuesto.

—Por lo menos—dijo el doctor—demuestra que



hay quien sabe mejor que nosotros lo que sucede en el páramo.

—Y también—añadió Holmes—prueba que existe alguna persona que le quiere á usted bien, puesto que le advierte que hay peligro.

—Bien pudiera ser que, á fin de tener más libertad para la realización de sus propósitos, tratara de alejarme de allí.

—También es posible—observó Holmes.—Estoy muy agradecido á usted, doctor, por haberme llamado la atención hacia este problema que ofrece cada vez mayor interés. Ahora, sir Henry, es preciso decidir si irá usted al castillo ó no irá.

—¿Por qué no he de ir?

—Porque parece que hay algún peligro.

—¿Hay peligro por parte de ese sér sobrenatural de la leyenda ó por parte de seres humanos?

—Eso precisamente es lo que nos falta saber.

—Sea como fuese, mi resolución es inquebrantable. No hay diablo en el infierno ni hombre en la tierra que me impida ir á vivir á la casa de mis antepasados. Iré.

Los ojos de sir Henry parecían echar chispas mientras decía esto, y en su semblante estaba retratado el carácter violento de los Baskervilles.

—Verdad es—continuó diciendo—que apenas he podido darme cuenta todavía de lo que ustedes me acaban de revelar; y como es difícil desentrañar mi proyecto y resolverse así de golpe, quisiera estar solo un rato para pensar lo que haré una vez

allí. Son las once y media y voy á regresar al hotel inmediatamente. ¿Quiere usted, Sr. Holmes, venir con su amigo á almorzar con nosotros á las dos? Entonces podré decirle lo que pienso acerca de este asunto.

—¿Le conviene á usted eso, Watson?

—Perfectamente.

—En ese caso iremos. ¿Quiere usted que mande buscar un coche?

—Gracias, prefiero ir á pie, á ver si con el aire libre se me despeja la cabeza.

—Le acompañaré con mucho gusto—dijo el doctor.

—Entonces nos veremos á las dos. Hasta luego.

Sentimos los pasos de Mortimer y sir Henry al bajar la escalera y el golpe de la puerta de entrada al cerrarse.

Inmediatamente cambió la actitud de Holmes. Ya no era el hombre lánguido y falto de resolución, sino el hombre dispuesto á proceder con actividad sin pérdida de tiempo.

—¡El sombrero y las botas, Watson, pronto! No hay momento que perder.

Corrió á su cuarto y á los pocos segundos volvió después de haber cambiado la bata por la levita de costumbre. Juntos bajamos á toda prisa la escalera y salimos á la calle. A unos doscientos metros marchaban el doctor y sir Henry con dirección á Oxford Street.

—¿Quiere usted que me adelante y los detenga?



—De ningún modo, mi querido Watson. Por mi parte estoy muy satisfecho con la compañía de usted. Si usted lo está con la mía... Está la mañana hermosísima para pasear.

Apretó el paso y la distancia que nos separaba quedó reducida á la mitad. Después, guardando siempre una distancia de cien metros entre unos y otros, les seguimos por Oxford Street.

Nuestros amigos se detuvieron una vez ante un escaparate y Holmes hizo lo mismo ante otro. Un momento después lanzó un grito de satisfacción. Siguiendo la dirección de su mirada ansiosa, ví que un cochero, que conducía en su carruaje á un solo viajero, se había parado en el otro lado de la calle y proseguía su marcha con mucha pausa.

—¡Ese es nuestro hombre, Watson! ¡Vamos! Por lo menos le examinaremos bien.

En el mismo momento ví que un hombre de ojos grandes y expresivos y barba negra y poblada, nos miraba á través del cristal del coche. En cuanto se enteró de que le observábamos abrió la ventanilla de la delantera, en voz alta dió una orden al cochero y éste salió Regent Street abajo. Holmes miró de un lado á otro en busca de un coche que estuviera sin alquilar, pero no se veía ninguno. Sin detenerse más salió escapado atropellando por todo, pero ya era tarde: el coche había desaparecido.

—¡Se habrá visto alguna vez peor suerte ni peor dirección en un asunto!—exclamó Holmes amargamente al volver á mi lado, pálido de despecho.—

¡Ay, amigo Watson! Como hombre honrado, bien puede usted tomar nota de esta torpeza y apuntarla en contra de mis éxitos.

—¿Quién será ese hombre?

—No tengo la menor idea de quién pueda ser.

—¿Algún espía?

—A juzgar por lo que nos ha contado Baskerville, es evidente que alguien le viene observando y vigilando desde su llegada á Londres. Si no fuera así, ¿cómo se hubiera sabido tan pronto el hotel que había elegido para hospedarse? Puesto que le habían seguido el primer día, era de suponer que le seguirían también el segundo. Tal vez habrá usted observado que me asomé á la ventana dos veces mientras el doctor leía la leyenda.

—Sí, lo recuerdo.

—Quería asegurarme de si había algún vagabundo en la calle ó delante de casa. Tenemos que hábernoslas con un hombre muy astuto, Watson. El asunto se complica cada vez más. Aunque no estoy muy seguro de si es una agencia de mala índole ó benéfica la que está en contacto con nosotros, veo en todo ello un rumbo fijo y una fuerza en acción. Cuando nuestros amigos salieron de casa resolví seguirles con objeto de ver á ese misterioso espía; es tan astuto que no creyó seguro ir á pie y por eso alquiló un coche. Así le era más fácil quedarse atrás ó seguir adelante para evitar que se fijaran en él. Además tenía otra ventaja yendo en coche, y era que de ese modo estaba listo para seguirlos, aunque



ellos hubiesen tomado otro. En cambio, tiene una desventaja muy grande.

—¿Que se entrega en manos del cochero?

—Justo.

—¡Qué lástima que no nos hayamos fijado en el número del coche!

—Mi querido Watson, por muy torpe que haya estado, no puedo creer que se figure usted que lo estuve hasta tal punto. El 2.714 es el número del coche, aunque en este momento no nos sirve de nada el saberlo.

—Pues no comprendo que más podía usted haber hecho.

—En cuanto ví el coche debería haber marchado en dirección opuesta, alquilar con toda calma el primer carruaje que hallara desalquilado y, guardando siempre cierta distancia, seguir tranquilamente al primero, y mejor todavía, haber ido al hotel Northumberland. De este modo hubiéramos tenido ocasión de pagarle á ese caballero en su misma moneda, y hubiéramos visto á dónde iba á parar después de dejar á sir Henry en el hotel. Mientras que ahora, por una lamentable indiscreción, aprovechada con extraordinaria rapidez por nuestro adversario, nos hemos vendido y hemos perdido además toda la pista.

Poco á poco habíamos recorrido toda Regent Street, y hacía un rato que habíamos perdido de vista á sir Henry y al doctor.

—Ya no hay razón para seguirles—dijo Holmes.

La *sombra* se ha desvanecido y de seguro no volverá. Ahora nos toca mirar las cartas que tenemos en la mano y jugarlas con decisión. ¿Reconocería usted al individuo que ocupaba el coche?

—Lo que más me llamó la atención fué la barba.

—Lo mismo me pasó á mí; me parece que era postiza. Un hombre tan astuto como ese, y ocupado en una labor tan delicada, sólo emplea la barba para ocultar las facciones ó por lo menos desfigurarlas. Entremos aquí, Watson.

Entramos en una de las agencias de recados del distrito. El encargado saludó afectuosamente á mi amigo.

—¡Hola, Wilson!—exclamó Holmes.—Veo que no ha olvidado usted el asuntito en que tuve la buena fortuna de ayudarle.

—No, señor, no lo olvidaré jamás. En aquella ocasión salvó usted mi nombre, mi reputación y tal vez mi vida.

—¡Hombre, hombre, no tanto! Exagera usted. Paréceme recordar, Wilson, que entre sus muchachos tenía usted á uno llamado Cartwright, que tenía aspecto de inteligente.

—Sí, todavía está aquí.

—Haga el favor de llamarle. ¿Quiere usted cambiarme este billete de cinco libras?

Un muchacho de cara inteligente y mirada expresiva había contestado á la llamada del director de la agencia.

—Deme usted la *Guía de Hoteles*—dijo Holmes.—



Muchas gracias. Vamos á ver, Cartwright, continuó: aquí tienes los nombres de los veintitrés hoteles, situados todos en los alrededores de Charing Cross. ¿Lo ves?

—Sí, señor.

—Los recorrerás uno por uno.

—Sí, señor.

—En todos empezarás por dar un chelín al portero de entrada.

—Sí, señor.

—Le dirás que necesitas ver el papel desperdiciado de ayer. Dirás también que se ha extraviado un telegrama de importancia y que estás encargado de buscarlo. ¿Comprendes?

—Sí, señor.

—Lo que verdaderamente has de buscar es una hoja interior del *Times* que tiene unos pequeños recortes en el artículo de fondo. Aquí hay un ejemplar y esta es la hoja. ¿Sabrás reconocerla?

—Sí, señor.

—En todos los hoteles el portero de entrada llamará al del vestíbulo, á quien darás otro chelín. Aquí tienes veintitrés chelines. Es muy posible que en veinte casas te digan que se ha tirado ó quemado el papel. En las tres restantes te enseñarán un montón de papeles y entre éstos buscarás la hoja del *Times*. Es muy probable que no la encuentres, pero nada se pierde con intentarlo. Aquí tienes diez chelines más para los casos imprevistos. Me avisarás esta misma noche por telegrama el resultado á

Baker Street. Y ahora, Watson, sólo nos falta averiguar el nombre del cochero número 2.714. Después, y hasta que llegue la hora de presentarnos en el hotel, pasaremos el rato en uno de los museos de Bond Street. Vamos á poner un telegrama para lo del cochero.